

Dr. Joe Vitale

Bondad inesperada



Historias autobiográficas de gratitud



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Autoayuda

BONDAD INESPERADA

Dr. Joe Vitale

1.ª edición: junio de 2025

Título original: *Unexpected Kindness*

Traducción: *Verónica d'Ornellas*

Corrección: *Elena Morilla*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2024, Dr. Joe Vitale

Edición publicada por acuerdo con Walterside Productions, Inc.,
a través de International Editors & Yáñez Co, S.L.

(Reservados todos los derechos)

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-285-8

DL B 5409-2025

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo.....	11
Agradecimientos.....	17
Introducción	19
Libros de una bondad inesperada	171
Bibliografía de Joe Vitale	179

Prólogo

A lo largo de la vida, aparecen elementos de belleza y magia que la transforman. Tréboles de cuatro hojas, arcoíris radiantes e inesperados, estrellas fugaces, el hecho de enamorarnos, sostener a un cachorro, o quizás montar bicicleta por primera vez, son cosas que nos proporcionan esa sensación de dejarnos ir. Son esos momentos que nos liberan, que nos alegran, que hacen que nos abramos para poder ser más, llegar a ser más.

Cuando conocí al Dr. Joe Vitale experimenté uno de esos momentos. Primero conocí su sonrisa, su energía radiante y su exuberante luz. Su presencia efervescente y su corazón abierto de par en par. En ese momento sentí que había conocido el destino, la bondad, la compasión, el cariño, el genio, la sabiduría, y a mi niña interior, todo al mismo tiempo.

Sentí que el mundo se abría y cualquier cosa era posible. Conversaciones verdaderas y enriquecedoras, sueños ilimitados, posibilidades infinitas y mucho espacio. Sí, un espacio tan grande como un campo, como una cadena montañosa, o como un mar que parece ser interminable.

Recuerdo que, cuando mis sobrinos eran pequeños, los llevé a un lugar llamado «Wannado City». Ahí había una variada selección de posibilidades y de juegos. Podías hacer cualquier cosa que quisieras hacer. Podías ser bombero, juez, o esteticista, o tener tu propia tienda, o ser médico, o una florista; cualquier cosa que quisieras hacer, podías imaginarla, soñarla, entrar en ella y convertirte en eso. Cuando conocí al Dr. Vitale, tuve delante de mí a un hombre que personificaba eso: todo estaba contenido en su ser. Era como si tu alma te preguntara:

«¿Qué quieres hacer?». No sólo a mí, sino a todas las personas a las que conocía. Él era el hacedor y tejedor de sueños.

Me he pasado la vida tocando corazones y manteniendo la esencia del asombro y la bondad vivos en el planeta. Ese ha sido mi camino, sin haberlo pensado dos veces. La bondad es mi naturaleza, mi esencia, mi ser y mi estilo de vida. Me han llamado la Embajadora de la Bondad por todo el mundo. Me envían a situaciones mundiales en las que se cree que la comunicación no es posible y yo los saludo. Espero que, cuando las personas me conozcan, no vean a una mujer, o mi nacionalidad, o el color de mi pelo, o el color de mi piel, mis labios o mis ojos, sino que vean amor, bondad, compasión, interés, integridad, unidad, paz, y espero que también humor, risas, alegría y la chispa de la vida. No quiero llevar amor. Quiero ser el amor.

A lo largo del camino, siempre he pensado en el Dr. Joe Vitale y en su forma mágica y maravillosa de conectar con el mundo. Hace varios años, cuando asistimos a un Encuentro Transformador, Joe nos sorprendió a todos con su música. La música era una nueva habilidad que él dominaba desde hacía muy poco y me quedé verdaderamente impresionada. Ciertamente, la ciudad de «Haz lo que quieras» existía dentro de ese hombre. Cualquier cosa que quisiera hacer, la dominaba y la compartía con el mundo. Asombroso. Inspirador. Fenómeno. Y un regalo a la vida misma.

Mis empresas son Artistry in Motion y Unlimited Life. Cuando tenía once años, asistí a mi primera clase de trapezio y el trapecionista receptor me dijo: «No me busques, no trates de alcanzarme. Yo soy el receptor, yo te agarraré. Tu tarea consiste en balancearte y dejarte ir». Mi tarea en la vida ha sido balancearme y dejarme ir. Ahora bien, Joe Vitale es un hombre que no sólo hace que todos los sueños se manifiesten, sino que además comparte con el mundo el secreto de cómo lograrlo enseñando *Cero Límites*, basándose en su libro éxito de ventas: la verdadera forma, y esencia, en que todos podemos vivir nuestra vida.

Es como cuando uno monta en bicicleta por primera vez; esa alegría y libertad que uno siente. A lo largo del camino, el Dr. Joe Vitale ha escrito una obra de arte sobre PT Barnum, pues es alguien que ha volado por la vida. Ha llevado a mi alma a alturas inimaginables y más allá de las palabras escritas.

Y ahora viene la cereza del pastel. La proeza del amor. El Dr. Joe Vitale nos ha mostrado, una vez más, su hoja de ruta hacia el éxito. Su modelo para tener una vida ilimitada, con cero límites y amor. Ha «desplegado» el mapa del tesoro y ha permitido que todos lo veamos. Ha compartido el camino hacia el oro que se encuentra en las vidas y los corazones de cada uno de nosotros. Ha abierto la puerta del secreto de la vida.

El libro *Bondad inesperada* del Dr. Joe Vitale nos muestra que cada momento de nuestra vida puede ser un momento decisivo que puedes transformar. Nos muestra cómo unos simples actos de bondad y de cariño cambiaron su mundo, elevaron su vida, lo encaminaron y abrieron la vista, mostrándole el camino e infinitas posibilidades de éxito, abundancia, felicidad, cero límites y una vida llena de alegría, exuberancia y felicidad.

¿Qué es lo que Quieres Hacer?

Imagina una hoja de ruta hacia la felicidad dentro de un libro sobre la bondad, un regalo inesperado para tu corazón, y el tesoro que está dentro de todos nosotros. Eso es este libro.

Léelo y, como dice Joe, «Espera milagros».

DAMA NICOLE BRANDON
Embajadora de la Bondad

«Tantos dioses, tantos credos,
tantos caminos serpenteantes.
Cuando el simple arte de ser amable,
es lo único que este triste mundo necesita».

ELLA WHEELER WILCOX

Agradecimientos

«Una palabra amable nunca le ha roto la boca a nadie».

PROVERBIO IRLANDÉS

Muchas personas me han ayudado a pulir este pequeño libro. Mathew Foster, Frank Natie, Ron Rowe, Rob White y Shalini Joshi Yamdagni, todos miembros de una Alianza de Mentes Maestras privada que dirigí en 2022, fueron los primeros lectores que me dieron un *feedback* excelente. Lisa Winston, mi amor, fue la primera en leer el borrador inicial y ofrecerme sus opiniones. Estoy eternamente agradecido a todos los miembros de mi programa Miracles Coaching, por su constante apoyo y sus continuos actos de bondad inesperada.

Chuck Pennington creo la página web de este libro:
www.UnexpectedKindnessBook.com.

Introducción

En un mundo que a menudo parece estar impulsado por conflictos, desacuerdos y enfrentamientos, ahora más que nunca es crucial reconocer el poder transformador de la bondad y la compasión. *Bondad inesperada* es un testimonio de la capacidad que tienen estas cualidades de provocar un cambio profundo, tanto a nivel individual como en la sociedad en su totalidad.

Mientras nos movemos a través de los desafíos del siglo XXI, nos enfrentamos a una variedad cada vez mayor de fuerzas divisorias. Las redes sociales, la política y el ritmo vertiginoso de la vida moderna pueden hacer, fácilmente, que nos sintamos desconectados y descorazonados, e incluso que sintamos hostilidad hacia los demás. Y, sin embargo, el antídoto para esos males está a nuestro alcance, pues se encuentra en la esencia misma de lo que nos hace humanos: nuestra capacidad innata de expresar y recibir bondad.

Bondad inesperada te invita a explorar las diversas facetas de estas cualidades, desde los gestos más pequeños hasta los actos más grandiosos. Las historias que aparecen en estas páginas te llevarán en un viaje que te revelará que incluso los actos más sencillos pueden resonar profundamente y dar una nueva forma a nuestro mundo.

Por último, *Bondad inesperada* sirve como un recordatorio de que la compasión trasciende las fronteras, los orígenes y las creencias, uniéndonos en nuestra humanidad compartida. Al explorar el potencial no explotado de la bondad, podemos reclamar nuestras conexiones con los demás y redescubrir la fuerza ilimitada que yace en nuestro espíritu colectivo.

Bondad inesperada te inspirará a abrazar y celebrar la bondad en tu vida, a compartirla libremente con los demás y a convertirte en un

agente del cambio positivo en un mundo que lo necesita desesperadamente. A medida que vayas pasando las páginas, irás recordando el poder sanador de la empatía y el extraordinario potencial para la transformación que reside dentro de todos y cada uno de nosotros.

Espera milagros.
Joe Vitale

«La ternura y la bondad no son señales de debilidad y desesperación, sino manifestaciones de fortaleza y decisión».

KAHLIL GIBRAN

A mediados de los años sesenta, cuando apenas era un adolescente, imaginaba los diferentes roles que podría desempeñar en mi vida:

Campeón de boxeo.

Mago famoso.

Abogado.

Hipnotista y escritor.

Agente del FBI.

En prácticamente todos los casos, busqué a alguien que destacara en ese ámbito (o que fuera legendario) y le pedí ayuda. Nunca le di demasiada importancia a eso, ni pensé que fuera muy osado de mi parte escribir a esas personas que eran leyendas vivas y esperar que me respondieran, pero sus respuestas fueron actos gloriosos de una bondad inolvidable e inesperada. Especialmente para un chico.

La única persona que no me respondió fue Groucho Marx. Teniendo en cuenta que era un anciano y que era conocido por su hosquedad beligerante, probablemente el hecho de no responderme fue un acto de bondad inesperada, pues podría haberme destrozado.

Yo deseaba ser campeón mundial de boxeo de peso pesado. Idolatraba a los grandes. Veía filmaciones antiguas de sus peleas. Leía sus biografías. Veía películas pugilísticas populares, como *Gentleman Jim*, en la que Errol Flynn interpretaba a James J. Corbett. Pensaba que yo podía llegar a ser uno de los grandes del boxeo.

¿Cuán difícil podía ser?

Eso fue mucho antes de que conociera a verdaderos campeones como Floyd Patterson, George Foreman y Mike Tyson. Verlos siendo un adulto hizo que me diera cuenta de que esos gigantes me hubieran hecho polvo sólo con su mirada. Pero mi mente adolescente soñaba con ganar.

Jack Dempsey había sido uno de los grandes campeones de boxeo y en 1970 aún vivía, así que le escribí. Me respondió enviándome una foto suya en su mejor momento, autografiada. Todavía la tengo. Me encantó su humildad y su estilo. La firmó «Con amor», lo cual parecía extraño viniendo de un hombre mayor conocido por dejar a las personas inconscientes.

Después de leer una biografía de Houdini y ver la famosa película de Tony Curtis sobre ese mago, quise ser el siguiente artista del escape mundialmente famoso.

Pero Houdini llevaba mucho tiempo muerto, así que no podía aprender de él. Aunque intenté contactarle mediante una sesión de espiritismo.

Todavía me acuerdo de que mi padre me preguntó, «¿Qué es una sesión de espiritismo?». Recuerdo la expresión de confusión en su rostro mientras intentaba procesar mi respuesta («Es una manera de comunicarte con el mundo de los espíritus, papá»). En cualquier caso, Houdini todavía no ha sido capaz de escapar de la muerte. No hubo respuesta.

John Mulholland fue un famoso mago, escritor y editor que conoció a la mujer de Houdini. Le escribí pidiéndole consejo sobre cómo ser un mago profesional. Me respondió con una carta de dos páginas escrita a máquina, en la cual me explicaba detalladamente lo que necesitaría saber y los desafíos que me esperaban en el camino. Esa carta

se volvió famosa y posteriormente fue publicada en la revista *Magic*. Todavía la tengo.

Mientras leía sobre parapsicología y cosas sobrenaturales, en busca de la verdadera magia, les escribí a otros autores que destacaban como expertos.

Hanz Holzer era un escritor prolífico en el campo de lo inusual. Yo había visitado una casa encantada en Pensilvania y le escribí a Holzer preguntándole si realmente estaba encantada. Tuvo la amabilidad de responderme. Garabateó en mi carta: «Probablemente es una farsa».

Cuando era niño, buscaba respuestas sobre la vida. Mi padre recuerda que intenté añadir un capítulo a la Biblia. Mis padres creían que acabaría siendo un predicador o un sacerdote.

Billy Graham era un famoso evangelista. Tenía carisma y talento para la oratoria. Era amigo de los famosos. Salía en programas de entrevistas en la televisión. Atraía a multitudes y salvaba a multitudes.

Le escribí diciéndole que estaba pensando en convertirme en predicador. Me respondió, pero no he podido encontrar su carta. No recuerdo que fuera personal o persuasiva, pero lo que sí recuerdo es que fue un acto de bondad inesperada de alguien que era una leyenda en su campo.

Clarence Darrow era un famoso abogado. Probablemente su fama fuera producto del polémico juicio de Scopes Monkey y el caso del homicidio de Leopold y Loeb. Yo había visto la película *Compulsion*, sobre uno de sus casos, en la que Orson Welles interpretaba a Darrow.

Me fascinaban el carisma, la oratoria y las habilidades de persuasión de Darrow, así que fui a la biblioteca y leí varios libros sobre él. Darrow murió en 1938, pero había nacido y crecido en Kinsman, Ohio, no muy lejos de Niles, la ciudad donde yo nací.

Subí a mi coche y conduje hasta su ciudad natal. Nada de lo que vi ahí alimentó mi inspiración, pero recuerdo la bondad inesperada de un hombre que vivía en el lugar donde había nacido Darrow. Me mostró todo. Estaban fabricando sillas que llevaban grabado el nombre de Darrow. Ese hombre respondió a todas mis preguntas. Nunca olvidaré su bondad.

E. B. White era famoso por sus libros para niños. Pero a mí me encantaba su libro sobre narrativa titulado *The Elements of Style*.

Le escribí una carta pidiéndole consejos sobre cómo convertirme en un escritor y él me respondió con una oración larga, sin signos de puntuación, en una hoja de papel. La oración me pareció prácticamente incomprensible. Pensé que White necesitaba un editor para su correspondencia privada. No sé qué ocurrió con esa carta.

Rod Serling era el hombre que estaba detrás de los famosos episodios de la serie de televisión *Twilight Zone*. Me maravillaba su talento para la escritura. Cuando vino a Youngstown, Ohio, alrededor del año 1970, fui a conocerlo.

Le pregunté nerviosamente si planeaba escribir su autobiografía. Fue amable y demasiado humilde en su respuesta: «No me ha ocurrido nada interesante», dijo, descartando la idea. En ese preciso instante decidí convertirme en escritor. Si él podía ser tan inseguro y, a pesar de ello, ser tan famoso, entonces yo también tenía posibilidades. Los biógrafos de Serling han encontrado un tesoro en su vida, pero él no lo veía. Me sentí identificado con su baja autoestima. Me dio esperanza.

Cuando consideré la idea de ser hipnotizador, me puse en contacto con Sidney Petrie, quien tenía un consultorio en la ciudad de Nueva York. Petrie fundó el Instituto de Hipnoterapia en 1957. Junto con Robert Stone, fue coautor de varios libros populares sobre hipnotismo y auto-hipnosis. Le escribí una carta a Petrie. Posteriormente me enteré de que entonces ya había fallecido, pero su hijo me respondió. Me compré algunas cintas de carrete abierto sobre hipnosis y las practiqué. Me encantaba la hipnosis, y todavía me encanta. Eso es evidente en libros míos como *Hypnotic Writing* y por el hecho de que mi empresa se llama Hypnotic Marketing, Inc.

Cuando consideré convertirme en agente del FBI, le escribí al hombre que estaba al mando: J. Edgar Hoover.

Él me escribió, o dictó, una carta en la que me explicaba que debía obtener el título de abogado y, si no recuerdo mal, tener experiencia en las fuerzas del orden. Después de eso, podía intentar ingresar al FBI. A

mi mente adolescente eso le pareció más de lo que podía manejar. Pero recibí lecciones de un jefe de policía en mi pueblo. Mi padre lo conocía. Él me enseñó todo sobre las huellas dactilares: cómo tomarlas y cómo leerlas. Fui el primer *boy scout* en la historia en recibir una insignia de mérito en huellas dactilares. Aquel policía fue inesperadamente bondadoso conmigo. Y todavía sé cómo leer las huellas dactilares.

Ninguna de esas leyendas tenía por qué responderme. Yo era un niño. No era nadie. Evidentemente, ellos eran celebridades. Pero cada uno de ellos se tomó el tiempo para mostrar una bondad inesperada. Nunca lo he olvidado.

Actualmente intento ayudar a cualquier persona que me contacte con una petición o una pregunta sincera. Yo también estoy tratando de practicar la bondad inesperada. ¿Y tú?

**«“Nada –escribió Tolstoy–, puede embellecer
nuestra vida, o las vidas de otras personas,
más que la perpetua bondad”».**

GRETCHEN RUBIN

La Sra. Pruitt, la bibliotecaria de mi instituto, era una mujer bajita, regordeta, sonriente y extrovertida a la que le gustaba hablar, apoyar a los chicos y organizar eventos.

Me caía bien.

Yo le caía bien.

La Sra. Pruitt me animó a que formara parte del comité del anuario, que escribiera para la revista escolar, e incluso que trabajara en la biblioteca. Teniendo en cuenta lo retraído, introvertido, cohibido, inmaduro e inseguro que era, es un milagro que lograra hacerme salir de mi cascarón.

De alguna manera, ella se encargó de que diera un discurso a la escuela antes de una reunión de la asamblea. No tengo idea de por qué accedí a hacerlo. Me daba pavor la gente y tener que hablar en cualquier sitio, con cualquiera que no fuera mi familia inmediata y un puñado de amigos íntimos.

¿Hablar sobre un escenario? ¿Yo? ¿Frente a toda la escuela? ¿En qué estaba pensando?

La Sra. Pruitt quería que dirigiera el Juramento de Lealtad antes de la asamblea. Pero también quería que lo explicara y luego animara a las personas a que realmente sintieran lo que decían al repetirlo.

Recuerdo que me aseguraba que podía hacerlo. Escribí mi discurso y se lo mostré. La Sra. Pruitt hizo algunas sugerencias, pero esencialmente lo dejó como estaba. Su falta de críticas me ayudó a creer en mis palabras y en mí mismo.

El día del evento me puse una chaqueta que había conseguido en la beneficencia y una corbata falsa con elástico, porque no sabía hacer el nudo con una corbata de verdad. Mientras esperaba entre bambalinas antes de salir al escenario, un niño listo se acercó a mí y me arrancó la corbata falsa.

En aquella época, cuando alguien me hacía algo grosero y ridículo, me quedaba pasmado, mudo. Y todavía me ocurre lo mismo. Simplemente no puedo entender su razonamiento.

Afortunadamente, el chico me devolvió la corbata y me la pude poner otra vez.

No dejaba de repasar mi discurso. La Sra. Pruitt se me acercó y me preguntó cómo estaba.

—Tengo un problema —le dije, balbuceando.

—¿Sí?

—En realidad no me sé el Juramento de Lealtad.

Me sentía avergonzado de tener que admitirlo. Todo el mundo da por sentado que, puesto que el día escolar siempre empieza con ese juramento, todos lo tenemos memorizado. Yo no. Sólo murmuraba sonidos que se parecían a las palabras que oía mientras los otros chicos decían las verdaderas palabras.

—¿No te lo sabes?

—No de memoria. He memorizado mi discurso, pero no el juramento.

Era irónico que mi discurso fuera sobre la importancia del juramento y, sin embargo, yo no lo tenía en mi memoria.

—Todos los otros se lo saben —me dijo ella—. Tú sólo empieza y sigue a los demás.

Irónicamente, eso era lo que había estado haciendo todos los días. Respiré hondo y salí al escenario.

La gente me miraba fijamente.

Me escuchaban con atención.

Tuve la sensación de que, durante esos breves momentos, tenía un cierto dominio.

Comencé el juramento y, efectivamente, todos lo dijeron. Me esforcé por seguirlos, pero la verdad es que sentía que ellos me estaban esperando.

—Lo hiciste muy bien —me dijo después la Sra. Pruitt—. Estoy orgullosa de ti.

Sus ánimos, su empuje, su convicción y su amistad permanecieron conmigo durante décadas. Cuando la Sra. Pruitt se jubiló y se mudó a Florida, escapé de Ohio e inicié mi etapa infernal en Houston (hablaré más sobre eso más adelante). Ocasionalmente, ella me escribía alguna que otra carta.

Jamás he olvidado su bondad inesperada. He dicho con frecuencia que puedes lograr muchas cosas si tienes a alguien que cree en ti casi más de lo que cree en sí mismo.

La Sra. Pruitt creía en mí.

**«Para tener unos labios atractivos,
di palabras bondadosas».**

AUDREY HEPBURN

Probablemente gracias a David Carradine y la serie de televisión *Kung Fu* quise aprender karate. Ya me gustaba el boxeo y mi padre apoyaba cualquier forma de ejercicio o autodefensa que yo quisiera realizar, de modo que en 1969 accedió rápida y entusiastamente a apuntarme a clases de karate.

Me encantaban.

El profesor era A. E. Veá, un empresario excéntrico con cinturón negro y barriga cervecera. Nunca olvidaré la forma en que lidió con mi padre en una demostración que hizo para la clase.

El Sr. Veá estaba haciendo una demostración de patadas y bloqueos, de cómo detener a un atacante y más cosas, y pidió voluntarios. Yo fui uno de ellos. El profesor realizó una patada y su pie quedó a dos centímetros de mi mentón. Un fotógrafo captó la imagen y acabó saliendo en el periódico local al día siguiente.

Ahhh, saboreé la fama.

Cuando Veá pidió voluntarios, mis hermanos y yo le pedimos a mi padre que se pusiera de pie. Sabíamos que era un boxeador. Sabíamos que era un *Marine*. Sabíamos que era rudo. Pero mi padre nos mandó callar.

Después de la demostración, mi padre se acercó al instructor.

—Sr. Veá, mis hijos querían que me ofreciera voluntario —dijo, mientras nosotros permanecíamos a su lado—. No puedo contener mis golpes. Si usted y yo nos enfrentáramos, habría sangre.

El Sr. Veá era el hombre más genial que había visto en mi vida. Irradiaba encanto como el sol cuando sus rayos se posan sobre las uvas. Puso su mano sobre el hombro de mi padre y le dijo:

—Yo no quería que usted se ofreciera voluntario. Quería a un listillo al que pudiera poner en su sitio. Si usted se hubiese enfrentado a mí, me habría golpeado y me hubiese hecho quedar mal.

Mi padre rio.

Aunque yo era un niño, sabía que eso era genial. El profesor hizo quedar bien a mi padre delante de sus hijos. Salvó su honor.

Un año más tarde, aproximadamente, fui a ver al Sr. Veá porque me enteré de que estaba entrenando a una campeona femenina de cinturón negro. Yo era escritor y quería contar la historia.

El Sr. Veá estuvo de acuerdo. Me invitó a comer a un restaurante italiano, del cual resultó ser el dueño. Probablemente fue el primer empresario que conocí. Me permitió entrevistar a la campeona de cinturón negro y escribir su historia. Yo lo admiraba, pero era un enigma. Incluso decía que su nombre no era su verdadero nombre.

El Sr. Veá influyó en mi vida y, unos cincuenta años más tarde, lo volví a ver...

Mientras aprendía karate y leía sobre las artes marciales, descubrí el aikido. El aikido parecía ser más amable, más suave, más fácil y más realizable que el karate. Como no conseguía encontrar un instructor de aikido, envié una carta a la revista *Black Belt* en la que les decía que era un adolescente que necesitaba un instructor de aikido. Actuando con una bondad inesperada, la revista publicó la carta.

Recibí llamadas y cartas de todas partes del mundo. La mayoría de las personas querían grandes sumas de dinero para viajar a los Estados Unidos y enseñarme. Mi padre las rechazó a todas, negándose incluso a aceptar llamadas de cobro revertido de larga distancia de lugares como Guam.

Cuando ingresé en la universidad, todavía seguía buscando un instructor de aikido. Un hombre, que era cinturón negro en aikido y vivía

a una hora de distancia, me dijo que si conseguía formar un grupo vendría a darnos clases.

Sintiéndome un poco incómodo, me dirigí al comité de actividades de la universidad, averigüé cómo conseguir una sala y la reservé. Después escribí el primer anuncio publicitario de mi vida, un folleto en el que ofrecía una introducción al aikido gratuita, y lo publiqué en todas partes.

Resultó que mi primera publicidad del aikido funcionó.

Se presentaron unas treinta personas. El instructor vino, hizo su demostración, y la mitad de los asistentes se apuntó a las clases. Así nació el primer Club de Aikido de la Universidad Estatal de Kent, hacia 1972.

Ahora, vamos a avanzar unos cincuenta años:

En 2019, quise recordar algunas de las cosas que había aprendido en mi primera lección de karate, hacia 1970. Había un movimiento de balanceo de los dos brazos que me había hecho prácticamente invencible, pero no recordaba el movimiento completo. Habían pasado cinco décadas.

Investigué, lo busqué en libros, pregunté. Nada.

Entonces, me pregunté si mi instructor seguiría con vida. Sería una persona mayor, pero quizás me recordaba. Lo busqué en Internet. Nada. Decidí que, dado que tenía previsto viajar a mi ciudad natal, Ohio, para visitar a mi familia, indagaría ahí cuando llegara.

Estando ahí, me enteré de que el Sr. Vea todavía vivía. Había tenido un infarto y una apoplejía, y tenía inicios de demencia, pero me recordaba claramente.

Comimos juntos.

—Te recuerdo bien —me dijo—. Tenías dos hermanos y una hermana que asistieron a mis clases en el YMCA.

Me quedé impresionado.

Le hablé de los movimientos que estaba tratando de recordar y me dijo que me los enseñaría.

Volvimos a su escuela (todavía tenía el local, pero otros enseñaban ahí) y me mostró los movimientos. Era evidente que no los recordaba completamente, pero fue muy amable y paciente conmigo.

Al final, logré progresar un poco. Nunca olvidaré su bondad inesperada.